



CUIDADO

DEL DIOS QUE CUIDA A LA VOCACIÓN DE CUIDAR

Fray Michael Moore, ofm¹

"El mundo canta un Amor infinito, ¿cómo no cuidarlo?" (Francisco, LD 65)

Resumen

Hablar de la Vida Religiosa como vocacionada a ser artesana del cuidado invita a bucear sobre el fundamento teológico de esa vocación: el Dios que cuida. La presente reflexión intenta explicitarlo a través de la contemplación de dos figuras: Jesús de Nazaret y Francisco de Asís. Nos acercaremos a Jesús contemplado como la encarnación de un Dios que se muestra solidario con los que necesitan cuidado y que, luego, reclama ese mismo cuidado dada su identificación vicaria con los sufrientes. Y, luego, Francisco de Asís quien, a través de su praxis de misericordia con los leprosos, se descubre que siempre ha estado cuidado por su Dios Padre-Madre, que lo invita a seguir cuidando sobre todo a lo más débil. En el atardecer de la vida, seremos examinados... ¡en el cuidado!

Palabras claves: Cuidado, encarnación, Francisco de Asís, misericordia, Vida Religiosa, fragilidad.

A modo de introducción

A lo largo de este Congreso iremos desgranando la vocación de la Vida Religiosa a ser artesana del cuidado desde diversas declinaciones. Seremos interpelados para descubrirnos con-vocados a cuidar la casa común (creación); cuidar del que sufre (compasión); cuidar la dimensión relacional (comunidad); cuidar el don recibido (contemplación); cuidar la escucha, el diálogo y la ternura (comunicación); y cuidar que se mantenga el gozo y la presencia (celebración). En síntesis, estamos llamados

¹ Religioso franciscano, argentino, licenciado en Filosofía por la *Universidad del Salvador* (Buenos Aires) y doctor en Teología por la *Pontificia Universidad Gregoriana* (Roma). Actualmente es profesor ordinario de la *Universidad Católica de Córdoba*, e invitado de la *Universidad Centroamericana José Simeón Cañas* y de la *Universidad Católica de Bolivia*. Forma parte de la comisión directiva de la *Sociedad Argentina de Teología* y del grupo de teólogos/os asesores de la CLAR (ETAP). Sus intereses en la investigación y publicación se centran en cuestiones fronterizas de Teología fundamental, Cristología, Ecoteología, Franciscanismo y diálogo con la Literatura.

a cuidar al otro (dimensión fraterna), a cuidar a lo otro (dimensión cósmica), a cuidar nuestra propia humanidad (dimensión personal) y a cuidar al Otro (dimensión teológica). Valga una aclaración respecto de esto último, aunque el tema no sea abordado explícitamente en estos días: creo que también estamos invitados a cuidar de Aquel que da sentido a nuestras vidas o, mejor dicho, a considerar críticamente ciertas imágenes de Dios que no coinciden con el Dios revelado en la carne de Jesucristo, que infantilizan nuestra vida de consagradas/os para el mundo y manipulan, hasta disolverlo, el caudal subversivo que tiene el evangelio, hoy y siempre. Claramente, no es que Dios necesite que lo cuidemos, sino que nosotros debemos cuidarnos de aproximaciones al Misterio que lo banalizan porque, o no respetan su Trascendencia, o no reconocen su Inmanencia.

Formulada así esta dimensión de nuestra vocación, podemos preguntarnos cuál es su fundamento teológico. Enunciado brevemente: ¿por qué debemos preocuparnos del cuidado? Y la respuesta inmediata suena así: porque nuestro Dios es un Dios que cuida e invita a cuidar. En apretada síntesis diacrónica, afirmamos desde la fe que Él nos cuida en la creación, en el devenir de la historia y en la consumación; o sea: su Espíritu maternal atraviesa toda la existencia, desde el inicio hasta el fin. Crea como un artesano y ve que todo es bueno; sostiene en el tiempo nuestra(s) historia(s) con su Presencia discreta; y atrae todo hacia sí reservándose la última palabra que será la consumación amorosa de cuanto es. Protología, historia y escatología animadas por el Dios del cuidado, aunque de distinta manera: Él pronuncia solo la primera y última palabra, mientras que, en la historia, cuida-cuidando-a los-cuidadores.

Llegados a este punto, podemos preguntarnos ¿cuidamos porque nos descubrimos cuidados o cuidando nos descubrimos cuidados? Ensayaremos una respuesta a lo largo de nuestra reflexión.

Jesús de Nazaret, el cuidador que necesita cuidado

En el ámbito del cristianismo, ni bien pronunciamos la palabra Dios, tenemos que hacer referencia a Jesús de Nazaret, pues partimos de la convicción de que en su historia concreta se ha revelado de un modo pleno el Misterio último de todo. En lo que ahora nos interesa, para hablar del Dios que cuida debemos fijar la mirada en la palabra y en la praxis de ese Hombre. Voy a circunscribirme a dos textos paradigmáticos que, creo, tocan lo esencial del caudal revelador de Jesús-el-Cristo: la parábola del buen samaritano (Lc 10,25-37) y la del llamado juicio final (Mt 25,31-46).

En un primer nivel de lectura del conocido texto lucano, Jesús es identificado como el buen samaritano que, a diferencia de los otros dos personajes, se detiene para cuidar al herido que yace al borde de su camino. Teológicamente, lo podríamos traducir como una interpretación de la encarnación kenótica en vistas al cuidado: Dios se hace hombre en Jesucristo y “desciende” a nuestra historia para rescatar a la humanidad sufriente.

En el segundo texto, el Hijo del Hombre advierte que nuestra suerte definitiva se decide por la praxis de misericordia (cuidado) que hayamos ejercido o no con los diversos rostros sufrientes. Y, luego, añade un dato que lo fundamenta: la identificación de Él mismo con cada uno de esos necesitados: “a mí me lo hicieron / a mí no me lo hicieron” (Mt 25,40.45). La novedad radica en el énfasis puesto en el “a mí”, que apunta a una identificación casi fisicista, más que sacramental: no dice “es como si a mí me lo hubieran hecho”. Presencia real -no metafórica- de Cristo sufriendo en el sufriente. En lenguaje un poco más formal, afirma el dolor de Dios en la historia perpetuado en la carne de cada uno de sus hijos vulnerados.² Teológicamente y en paralelo con el texto anterior, lo podemos traducir como la encarnación kenótica vicariamente representada: el Dios que se hizo hombre, fue crucificado y resucitado, ahora —y hasta el fin de los tiempos— prolonga su encarnación en la historia teniendo como vicarios privilegiados a los sufrientes en sus mil rostros (empobrecidos, explotados, oprimidos, migrantes, excluidos por cuestiones de identidad sexo-genérica, desahuciados de la vida, etc.). Desde esta verdad revelada, si ensayamos ahora una lectura del texto lucano desde el mateano, habría que decir que quien yace sufriendo al borde del camino es el Hijo de Dios mismo, y somos nosotros quienes estamos llamados a ser los buenos samaritanos que deben cuidar del dolor que Dios mismo está padeciendo en cada creatura herida.

Luego, Jesús es el cuidador (parábola del buen samaritano) que necesita cuidado (parábola del juicio final), y que nos revela dos cuestiones fundamentales: que nuestra vocación es la de ser cuidadores, y que seremos juzgados por el cuidado que hayamos practicado —o no— con los más débiles.

² Nos inspiramos aquí en la teología de J.I. González Faus. Para una comprensión más amplia, remitimos a lo desarrollado en: M. Moore, *Creer en Jesucristo. Una propuesta en diálogo con O. González de Cardedal y J.I. González Faus*, Salamanca, Secretariado Trinitario 2011, esp. 291-329 “Lectura teológica del rostro de Jesús de Nazaret: lo divino en lo humano”).

Francisco de Asís, el cuidador que se descubre cuidado

De un modo quizá lacónico podríamos aseverar que la única originalidad del santo de Asís fue no ser original... o, quizá, explicitando un poco más: haber recuperado la esencia de la revelación evangélica *sine glosa* en su contexto medieval. En concreto: la praxis de misericordia como praxis del cuidado, sobre todo de lo más vulnerable. Así lo afirmaba recientemente el obispo de Roma: "Creo que Francisco es el ejemplo por excelencia del cuidado de lo que es débil" (LS 10). Para reflexionar sobre su figura me ceñiré a un solo texto pero que es de los más importantes para conocer al santo "sin interpretaciones"³: el Testamento. Allí, el pobre de Asís esboza una suerte de *racconto* de su biografía vocacional y, luego, instruye a sus hermanos sobre algunos "irrenunciables" del carisma. El breve texto comienza así:

El Señor me dio a mí, el hermano Francisco, el comenzar de este modo a hacer penitencia: pues, como estaba en pecados, me parecía extremadamente amargo ver a los leprosos; pero el Señor mismo me llevó entre ellos, y practiqué con ellos la misericordia. Y, al separarme de ellos, lo que me parecía amargo, se me convirtió en dulzura del alma y del cuerpo; y, después de un poco de tiempo, salí del mundo.⁴

El proceso de conversión es, ante todo, un don ("el Señor me dio") que Francisco recibe en medio de una vida de "pecados". Obviando toda connotación moralista, podemos asegurar que el hijo de Pedro Bernardone estaba atravesando una profunda crisis de identidad, donde tenía más en claro lo que no quería (ser un comerciante burgués ascendente, ser un noble caballero militar, etc.) que lo que quería. Traducido al tema que nos interesa, podríamos afirmar que Francisco se sentía insatisfecho por una existencia donde sólo había buscado auto-cuidarse (autoreferencialidad, diríamos hoy), refugiándose en cuidadores que ya no calmaban su *cor inquietum* (dinero, armas, escudos de nobleza, etc.). Y era ese "estar en pecados" lo que le nublabla la vista para mirar distinto a los leprosos:

³ Es imprescindible, para acercarnos con rigor histórico a la figura de Francisco de Asís, considerar en primer lugar y fundamentalmente, los escritos autobiográficos del santo. Todas las biografías, leyendas y consideraciones posteriores (gran parte surgidas poco después de su muerte), son de segunda mano y suponen ya una interpretación —y toda interpretación es interesada y sesgada— de su figura. Mucho del imaginario actual sobre la vida y obra del santo de Asís se ha construido a partir de esa literatura... tan "piadosa" como ingenua y a-crítica.

⁴ Francisco de Asís, Tes 1-4. Usamos la traducción de la B.A.C: J.A. Guerra (ed.), *San Francisco de Asís. Escritos, biografías, documentos de la época*, Madrid, B.A.C 2013.

ellos, y la vida en general, le resultaban “amargos”. Veinte años después aproximadamente,⁵ desde una lectura de fe retrospectiva, descubrirá que fue el Señor —siempre cuidadoso—, quien lo condujo a realizar esa experiencia que le cambiaría la vida definitivamente (“el Señor mismo me llevó en medio de ellos”).⁶ Subrayo que, en mi interpretación, Francisco descubre que fue la mano amorosa de su Dios quien lo llevó a vivir entre los leprosos, mucho tiempo después. El cuidado de Dios es siempre discreto, invitando, insinuando o seduciendo, pero nunca imponiendo: desde la libertad, hay que dejarse cuidar. Y lo que hace durante ese par de años con los leprosos es precisado desde sus mismas palabras: practicar la misericordia. Esto es, seguramente, darles de comer, curar algo de sus heridas, higienizarlos, consolarlos, ayudarlos a bien morir, esperanzarlos. La misericordia no es proclamada sino practicada, al igual que en las parábolas evangélicas aludidas anteriormente. No se trata de ortodoxia sino de ortopraxis. Francisco descubre sobre la marcha que la vida del evangelio, dadora de sentido, no pasa por reparar iglesias sino por restaurar humanidades crucificadas.

La praxis de misericordia con los leprosos marcará definitivamente su vida. Por eso, en el testamento, será lo primero a lo que hará alusión desde su memoria afectiva. Desmigando esa experiencia fundante, me animo a decir que, Francisco, cuidando a los leprosos,

- “entendió” de un modo concreto y realista qué significa la encarnación: un Dios que toca toda historia humana y se compromete irreversiblemente, pero que lo hace desde los márgenes, desde los vulnerables. En Jesús, un judío pobre y marginal que, para Francisco, se sacramentaliza en la carne putrefacta del leproso. Cuidando sus llagas, el pobre de Asís se asoma al misterio de la encarnación, liberándolo de todo rasgo de misticismo, docetismo o gnosticismo;
- logró despegarse de su autoreferencialidad vanidosa que se sólo se preocupaba de ascender socialmente, de satisfacer su necesidad de ser reconocido (hoy diríamos, usando lenguaje del papa Francisco, el carrerismo);

⁵ La redacción del Testamento data del año 1226, en los últimos días de vida, mientras que la experiencia con los leprosos —tiempos interrumpidos de convivencia, seguramente— se ubica entre el 1204 y 1206.

⁶ He desarrollado estas ideas con mayor profundidad y detalle en: M. Moore, “Francisco de Asís: hospedar al leproso, encontrar la salvación”, Teología 131 (2020) 79-97.

- percibió que el sufrimiento era mucho y sintió la necesidad de construir reino con otros hermanos para aliviar tanto dolor: he ahí la necesidad indeclinable e insustituible de la fraternidad;⁷
- experimentó “que dando se recibe” y que, dando gratuitamente, se recibe con sobreabundancia... porque los leprosos salvan a Francisco (de una vida sin-sentido) mientras que él, con su trabajo no podrá salvarlos de la muerte (en todo caso, acompañarlos a recibir la Hermana muerte un poco más dignamente);
- descubrió el corazón de la revelación evangélica: practicar la misericordia... y no el culto: “misericordia quiero y no sacrificios” (Mt 12,7; Os 6,6; cf. Mc 2,17; 12,33). Ante el cuidado que surge como exigencia desde la herida del hermano sufriente, todo otro cuidado — aún de las cosas más “santas”— pasa a un segundo plano;
- cuidando, se descubrió cuidado; practicando la misericordia, descubrió que Alguien, antes (y durante), había practicado la misericordia con él.

Creo que esta última afirmación es determinante para el tema que nos ocupa, porque es después —cronológicamente hablando— de salir de sí para cuidar al otro cuando Francisco cae en la cuenta que Otro lo había estado cuidando a él. Luego, en situaciones de desconcierto, de sin sentido o de crisis en general, quizá no haya que esperar la luz para salir al encuentro del necesitado, sino que, por el contrario, será saliendo en medio de nuestras brumas y de nuestros cuestionamientos tantas veces autorreferenciales, ombliguistas y secundarios, y practicando la misericordia, como se vislumbren nuevos horizontes de sentido, de resignificación, de salvación... ¡de resurrección de la Vida Religiosa!

A modo de conclusión

En un mundo con tantos índices de deshumanización, la Vida Religiosa — que es para ese mundo— está llamada a ser artesana del cuidado. Sobre todo, del cuidado de lo más frágil, que es lo más amenazado. Al finalizar esta breve reflexión, se me ocurre, a modo de punteo provisorio, algunas sugerencias para seguir profundizando:

⁷ “Y después que el Señor me dio hermanos, nadie me mostraba qué debía hacer”: Tes 14.

- la creación y la consumación, la protología y la escatología son responsabilidad del Dios que cuida a todas sus creaturas; la historia, es responsabilidad nuestra: la historia está en nuestras manos y nuestras manos sostenidas por las de Dios;
- en medio de la(s) crisis de la Vida Religiosa, el salir a cuidar —creativa y artesanalmente— nos puede ayudar a resignificarla y revitalizarla, relativizando tantas pequeñas problemáticas internas que acaban acaparando toda nuestra atención y agotando nuestras fuerzas;
- estamos invitados a descubrir dónde, cuándo, cómo y por quienes estamos siendo cuidados. De ese descubrimiento nacerá, como restitución gratuita del don del cuidado recibido, el cuidar al otro/a y a lo otro isomos sacramentos del Cuidador! Pero también, cuidando, en medio de nuestras oscuridades y ambigüedades, podremos descubrirnos que no estábamos solos sino sostenidos por un Padre-Madre. Es una lógica circular;
- “las mujeres del alba” salieron a anunciar que el Cuidador-cuidado estaba vivo y que, por tanto, la apuesta del Crucificado-Resucitado por dar sentido a la vida a través del cuidado de lo más débil (praxis del reino) valía la pena... más allá de la muerte penúltima (producida por quienes sólo cuidan de sí mismo y sus intereses mezquinos).

Concluyo citando un hermano que supo cuidar de los más débiles en las amenazadas tierras amazónicas: Pedro Casaldáliga, quien, en poema definitivo, profetizó:

Al final del camino me dirán:

- ¿Has vivido? ¿Has amado?

Y yo, sin decir nada,

abriré el corazón lleno de nombres.⁸

Y, desde el tema que nos convoca, me permito parafrasear al poeta del Aragüaia:

Al final del camino me dirán:

- ¿Has vivido? **¿Has cuidado?**

Y yo, sin decir nada,

abriré el corazón lleno de nombres.

⁸ Pedro Casaldáliga, “El corazón lleno de nombres”, en: Antología personal, Madrid, Trotta, 2006, 98.

La “única pregunta” que nos harán al final de nuestra vida de consagradas/os, quizá, sea esta: “¿has cuidado?” Tomar en serio esta posibilidad más que plausible, justifica reflexionar creativamente sobre la Vida Religiosa como artesana del cuidado.

Bibliografía

Casaldáliga, P., *Antología personal*, Madrid, Trotta 2006.

Francisco, *Laudato si’*. *Carta encíclica sobre el cuidado de la casa común*, Città del Vaticano, Editrice Vaticana 2015.

Francisco, *Laudate Deum*. *Exhortación apostólica sobre a crisis climática*, Città del Vaticano, Editrice Vaticana 2023.

Guerra (ed.), J.A., *San Francisco de Asís. Escritos, biografías, documentos de la época*, Madrid, B.A.C. 2013.

Moore, M., *Creer en Jesucristo. Una propuesta en diálogo con O. González de Cardedal y J.I. González Faus*, Salamanca, Secretariado trinitario 2011.

Moore, M., “Francisco de Asís: hospedar al leproso, encontrar la salvación”, *Teología 131* (2020) 79-97.